

bandera contra los prusianos y los rusos, echáales el cebo de «patria y libertad,» cuando estaba firmemente resuelto á no concederles mas que palabras y mentidos dones.

En Posen hizo firmar Napoleon dos tratados que extendian la Confederacion del Rhin al Norte de Alemania. En 11 de diciembre firmó allí el conde Bose el tratado en virtud del cual el elector de Sajonia entraba en aquella confederacion con el título de rey, concediéndosele del resto del botin de territorios prusianos el círculo de Kottbus.

En 15 de diciembre fueron admitidos en dicha confederacion los duques de Sajonia-Weimar, de Gotha, de Meiningen, de Hildburghausen y de Coburgo (1).

Mientras Napoleon volvía de esta suerte de arriba abajo la Alemania del Norte, cuya gran potencia había sido la Prusia, realizábase en la conducta y en los sentimientos de Federico Guillermo III un cambio de trascendencia. El monarca pertenecía á aquella clase de hombres que temen hasta lo que está mas permitido por miedo de que se les puedan atribuir ideas innobles; que no adoptan ninguna resolucion hasta que están perfectamente seguros de que no se les puede acusar de precipitacion, y que no confían en el propio deber hasta que éste, á consecuencia de acontecimientos apremiantes, les habla en tono de mandato imperativo. Para proporcionar cuanto antes la paz á su desdichado país habíase mostrado dispuesto, segun lo exigía Napoleon en 21 de octubre, á ceder á Baireuth y todos los territorios prusianos de la izquierda del Elba y á pagar cien millones como indemnizacion de guerra (2); pero aceptar un armisticio que le obligaba á entregar también las fortalezas de Graudenz, Dantzig, Colberg, Hameln y Nienburg y arrojar, además, del país á los rusos que acudían á su auxilio (3) era exigirle que se desarmara y destruyera á sí mismo. Esto fué causa de que adoptara de buena fe una resolucion extrema, y desde el momento en que se negó á tal exigencia, pronto á arrostrar todas sus consecuencias, apareció ante sí mismo y ante los demás como un hombre distinto. Dudando siempre de sí propio y confiando en los demás, había consentido frecuentemente lo que él no quería y dejado de hacer lo que se proponía; pero en Osterode, el día 21 de noviembre, aunque se declararon favorables al armisticio su hermano el príncipe Enrique, los generales conde Kalkreuth, Geusau, Laurens y Kleist, y los ministros conde de Haugwitz y Schroetter, y en contra solo se pronunciaron Stein, Beyme y Kockeritz (4), el rey se decidió por la opinion de la minoría, que desde un principio había sido la suya, y tomó esta decision en un momento en que del sí ó del no dependía la vida ó muerte del Estado. Faltábale, es cierto, aquel valor atrevido que procede de la confianza en la victoria, y al cual debía Napoleon la conciencia de su poder superior, y le faltaba porque precisamente no tenía esta convicción y antes bien se dejaba amilanar por el sentimiento de su insuficiencia; pero, en cambio, no carecía del valor del simple guerrero que quiere vencer ó morir con el escudo, pero no regresar sin él, ni del ardimiento del patriota que permanece en su puesto, por perdido que esté, pensando que solo se pierde el que se acobarda. Y que también este valor podía conducir al verdadero heroísmo, hubo de verlo demostrado la nacion prusiana por el notable vuelo que se inició entonces haciéndola pasar de las tinieblas

(1) Los dos tratados se encuentran en De Clercq: *Recueil des traités de la France publiés sous les auspices de S. Ex. M. Drouyn de Lhuys*, tomo II (1803-1815), págs. 196-200.

(2) Hardenberg: *Memorias*, tomo III, pág. 218.

(3) Véase la nota que Duroc llevó en 16 de noviembre de 1806 á Osterode. Hopfner, tomo II, pág. 392.

(4) Véase el protocolo en Hardenberg: *Memorias*, tomo V, págs. 398-402.

á la luz. El rey notificó el hecho de haber rechazado el armisticio en una proclama dirigida á su pueblo, en la cual decía: «El rey confía en el apoyo de la nacion, que sostuvo gloriosamente la guerra de los siete años contra casi toda la Europa y ni desesperó, ni vaciló su lealtad al rey cuando entonces, como ahora, la capital y la mayor parte del reino se encontraban en poder del enemigo. Ahora esta decision es mas necesaria que entonces, porque se trata de la conservacion de todo aquello que es noble y sagrado para la nacion. El rey solo ha empuñado las armas para defender la independencia y la autonomía: esto lo saben la nacion y el mundo entero (5).» Pero en el mismo momento en que el rey se dirigía á su pueblo con palabras tan llenas de confianza, pronunciaba sobre su ejército un veredicto como otro igual no había salido de la pluma de ningún rey de Prusia.

En Ortelsburg redactó, en 1.º de diciembre de 1806, un *Publicandum* «para cortar varios abusos en el ejército (6)» En él se licenciaba, sin retiro, á todos los oficiales que habían tomado parte en las capitulaciones de las fortalezas de Stettin, Kustrin, Spandau y Magdeburgo, y en las de algunos cuerpos de ejército aislados, como en Prenzlau, Pasewalk y Anklam, ó que, durante la retirada, habían abandonado sus regimientos para volverse á sus casas; se condenaba á muerte al coronel Ingersleben por haber entregado á Kustrin, y se dictaban algunas disposiciones para evitar, en lo sucesivo, que el ejército faltara al cumplimiento de sus deberes, como hasta entonces se había hecho de una manera sin ejemplo. En él se decía: «1.º Todos los gobernadores ó comandantes que en lo sucesivo por simple temor de un bombardeo, ó á pretexto de carecer de los medios necesarios para la defensa, ó por cualquier otro motivo fútil, sea de la clase que fuere, no defiendan hasta el último extremo y con todas sus fuerzas la fortaleza que les haya sido encomendada, serán fusilados sin compasion alguna. 2.º Todo regimiento que no cumpla la orden que le haya sido dada de atacar, ó que abandone sin orden expresa la línea de batalla, será disuelto y sus individuos serán agregados á otros cuerpos. 3.º Todo oficial que sin haber sido herido abandone el campo de batalla, será expulsado con nota de infamia. 4.º Todo soldado que, en su fuga, arroje las armas será fusilado.» etc. «9.º Mientras dure la guerra, el sargento y el soldado que se distingua por su destreza ó por su presencia de ánimo, será tan oficial como el príncipe. Únicamente el que haya cometido un crimen quedará excluido del cuadro de oficiales.» Este lenguaje era el de un general que de las cualidades necesarias en un legislador militar poseía indudablemente una, el valor de la verdad, que, sin temor á una falsa interpretacion, da su verdadero nombre á lo que es innoble y vergonzoso.

Las esperanzas cifradas en un cambio de la suerte en la guerra no se vieron realizadas. Las sangrientas batallas que los rusos mandados por los generales Kaminski, Bennigsen y Buxhowden libraron, durante los últimos días de diciembre, en el Wkra y en el Narew, cerca de Nasielsk y Sierock, Golymin y Pultusk, terminaron con su retirada á la Nueva-Prusia oriental. Varsovia y Praga, así como todo el Sur de Prusia, quedaron en poder de Napoleon y desde la desembocadura del Narew, en el Vístula, hasta la desembocadura del Passarge en el puerto frisio se extendieron los cuarteles de invierno de su ejército, cada día mas numeroso.

(5) Publicada en el Diario de Königsberg de 1.º de diciembre de 1806 y redactada por Beyme. Véase Lehmann, *Scharnhorst*, tomo I, págs. 475-476, nota.

(6) Del Diario de Dantzig, núm. 150, del lunes 15 de diciembre de 1806. Inserto en las *Cartas íntimas sobre las relaciones interiores en la corte de Prusia, desde la muerte de Federico II*, tomo I (1807), págs. 254-258.

En febrero de 1807 aprestóse Bennigsen para un movimiento general de ataque y se dirigió, siguiendo un ancho arco, por la Prusia oriental, rodeando los grandes lagos para caer sobre el ala izquierda de los franceses y hacer de esta suerte levantar los sitios de las fortalezas de Dantzig y de Grandenz. Contaba para ello, en su extrema ala derecha, con un cuerpo de 13,000 prusianos, últimas tropas de que podía el rey disponer para el servicio de campaña, despues que los contingentes polacos de la Prusia meridional y de la Nueva-Prusia oriental, al tener noticia de la sublevacion de Varsovia, se habían dispersado por completo, entregándose á precipitada fuga. Este cuerpo estaba mandado por el general L'Estocq, que, en otro tiempo, había abandonado, como

Scharnhorst, el servicio de Hannover para entrar en el de Prusia. Este general contaba á la sazón setenta años y estaba muy achacoso, razon por la cual necesitaba forzosamente de un auxiliar joven en el caso de que no se le quitara el mando, que es lo que hubiera debido hacerse (1). El coronel Scharnhorst estaba á su lado en calidad de «asistente» y á él se debió la obra maestra que, en 8 de febrero, realizó un puñado de valientes prusianos.

En Preussich-Eylau, situada á dos jornadas al Sur de Königsberg, aceptó Bennigsen, en 8 de febrero, la batalla decisiva, trabándose allí, desde que despuntó el día, una terrible y sangrienta lucha. Bennigsen sostuvo el ataque que contra su ala derecha dirigió el mariscal Ney, viéndose primero



Entusiasmo de los polacos al llegar las tropas francesas á Varsovia.

obligado á retirarse, pero logrando en definitiva un brillante triunfo: su centro se mantuvo también firme; pero en cambio su ala izquierda fué derrotada por el mariscal Davout una y dos veces, siendo arrojada de las aldeas de Auklappen y Lampasch, arrollada y cercada de tal suerte que cuando Davout, al llegar el mediodía, se apoderó de la aldea de Kutschitten, la situación se hizo verdaderamente desesperada. En aquel momento apareció Scharnhorst con 5,000 hombres, 8 batallones, 29 escuadrones y 16 cañones, en el campo de batalla, y lanzando sus columnas de marcha, tales como llegaban y sin formarlas en orden de batalla, sobre la aldea de Kutschitten, consiguió recuperarla al primer empuje. Luego se hizo uso de la artillería para cañonear el bosque de abedules que ocupaban los franceses al Sur del camino que conducía á Domnau y Friedland, y cuando se pudo calcular que las filas enemigas habían quedado suficientemente castigadas, se procedió al ataque general, en medio de los acordes de las músicas. Por dos lados distintos subieron los granaderos prusianos al bosque; las descargas del enemigo pasaban por encima de sus cabezas: en media

hora fué tomado el bosque, y cuando cerró la noche, los restos de los franceses se reunieron en la aldea de Klein-Sausgarten, la misma de donde había salido Davout por la mañana. Hasta media noche permanecieron los rusos y los prusianos en el campo de batalla, cubierto de sangre, emprendiendo luego por orden de Bennigsen la retirada. En la mañana del 9 de febrero escribía Scharnhorst, desde Friedland, al general Blucher: «Ayer ganamos una batalla y esta noche abandonamos el campo — esto es poco claro y sin embargo es verdad. — Napoleon al final de la accion parecia no saber qué hacer con los pelotones de soldados valientes á quienes cercaba, y atacaba una y otra vez sin éxito alguno. En ambas partes se notaba falta de municiones y se sentía gran cansancio. — Hace 48 horas que no he dormido. Estoy sumamente fatigado y no puedo escribir mas.» La retirada de Bennigsen despues de esta gran batalla es uno de los muchos enigmas que van unidos al sistema que para el

(1) Para esto y lo que sigue, véase Lehmann, *Scharnhorst*, tomo I, pág. 478.

mando del ejército siguieron los rusos en aquella guerra. Seguramente aquel general no sospechó la profunda impresión que en Napoleón había causado el combate. El mismo Scharnhorst, que califica de «falta é ignominia» el sistema de retirada de los generales, no encuentra palabras bastantes para expresar su admiración á los soldados rusos. En una carta dirigida en 15 de febrero al capitán de caballería Blucher, decía: «La bravura de los rusos sobrepuja á todo cuanto pueden hacer los hombres. El ejército ruso puede ser destruido pero no lanzado á la fuga: los prisioneros franceses hacen ascender sus bajas á 30,000; los rusos han perdido 800 oficiales entre muertos y heridos. En todas las últimas guerras no ha habido batalla mas sangrienta que ésta, á excepción de la de Zorndorf. El emperador Napoleón encontrará quizás en esta nación el término de su carrera, aunque por lo demás en esta ocasión ha sido desgraciada (1).»

La manera de combatir que tenían los franceses y que tan funesta había sido para los prusianos, no dió buenos resultados con las compactas masas de la infantería rusa, que semejaban baluartes y cabezas de puente ambulantes. Los fuegos tan bien dirigidos como bien cubiertos de los tiradores franceses habían causado indecibles bajas en las filas prusianas en Jena y en Auerstadt; pero en las macizas falanges rusas dióse el caso de que en medio de la lluvia de balas las primeras líneas se mantuvieron firmes, descansando sobre las armas, mientras que en las segundas y terceras todavía se cocían las gachas de harina (2). Napoleón no se con-

(1) Estas dos cartas se encuentran íntegras en los apéndices de los despachos del secretario de la embajada hannoveriana, G. A. de Hugo, en el Archivo del Estado, de Hannover. También se encuentra en ellos un *Tableau des corps d'armée sous les ordres du général de cavalerie Baron de Bennigsen*, en el cual se consignan las siguientes cifras notables. El cuerpo de ejército constaba de cuatro divisiones, á saber:

	Hombres	Caballos
1.ª General conde Ostermann.	17,511	5,913
2.ª General baron de Sacken.	21,032	6,691
3.ª Teniente general príncipe Galitzin.	20,735	6,602
4.ª Mayor general Sedmoradsky.	18,064	5,708
	77,342	24,914

(2) Lehmann: *Scharnhorst*, tomo I, pág. 495. Acerca de la manera de luchar de los franceses escribe Gneisenau, en su *Memoria sobre la guerra de 1806* (Pertz, tomo I, págs. 134-135): «El alto valor personal que los franceses á sí mismos se atribuyen, pocos lo han observado; pero en cambio están muy bien dirigidos. No exponen su infantería ni su caballería á grandes peligros: la primera está siempre detrás de altillos ó elevaciones de tierra, ó en barrancos, etc., es decir, aprovechando todo lo que puede protegerla, y formada en líneas ó en columnas, segun la configuración del terreno; la última está agrupada en grandes masas fuera del alcance de los fuegos de la artillería: sus baterías están emplazadas en sitios convenientes, y entre ellas, y á veces también delante de ellas, se coloca una línea de tiradores y cazadores que sostienen un fuego granadeado sobre nuestras cerradas masas, fuego que por la distancia pierde gran parte de la fuerza, pero que no deja de ocasionarnos muchas bajas. Estos enemigos apenas se aproximan á trescientos pasos de nosotros y retroceden en cuanto se les opone resistencia, empezando entonces un bien dirigido fuego de metralla de sus baterías, que siempre produce su efecto en nuestras filas, al paso que nuestros fuegos carecen de mira á donde ser dirigidos. Sus líneas rara vez son compactas; de aquí que estén muy poco expuestas á entrar en desorden. Las dotes de sus generales les permiten combatir en pelotones aislados, y su superioridad numérica hace que puedan prolongar constantemente sus flancos y cercarlo todo concéntricamente. Por eso en aquellas desastrosas jornadas perdieron muchos menos hombres que nosotros, por mas que queramos consolarnos haciéndonos la ilusión de lo contrario. El uso que hacen de su caballería es excelente: en cuanto el enemigo huye, preséntase ésta en larga línea introduciendo el espanto y el desorden por todas partes. Sin embargo, siempre que se ha atrevido á luchar en igualdad numérica con la nuestra ó á trabar con ésta combates parciales ha sido duramente castigada; pero esto ha sucedido muy pocas veces. Una parte de su infan-

tería ha mostrado gran valor delante de nuestra caballería. Colocada en pequeños cuadros, solo hacia fuego la primera fila, que se arrojaba inmediatamente al suelo y cruzaba las bayonetas; en el acto hacia fuego la segunda, cuyos proyectiles ya acompañaban á nuestra caballería en su retirada; la tercera daba el golpe de gracia. Con una infantería tan bien organizada podrían prescindir de la caballería y tenerla reservada para los grandes golpes decisivos.»

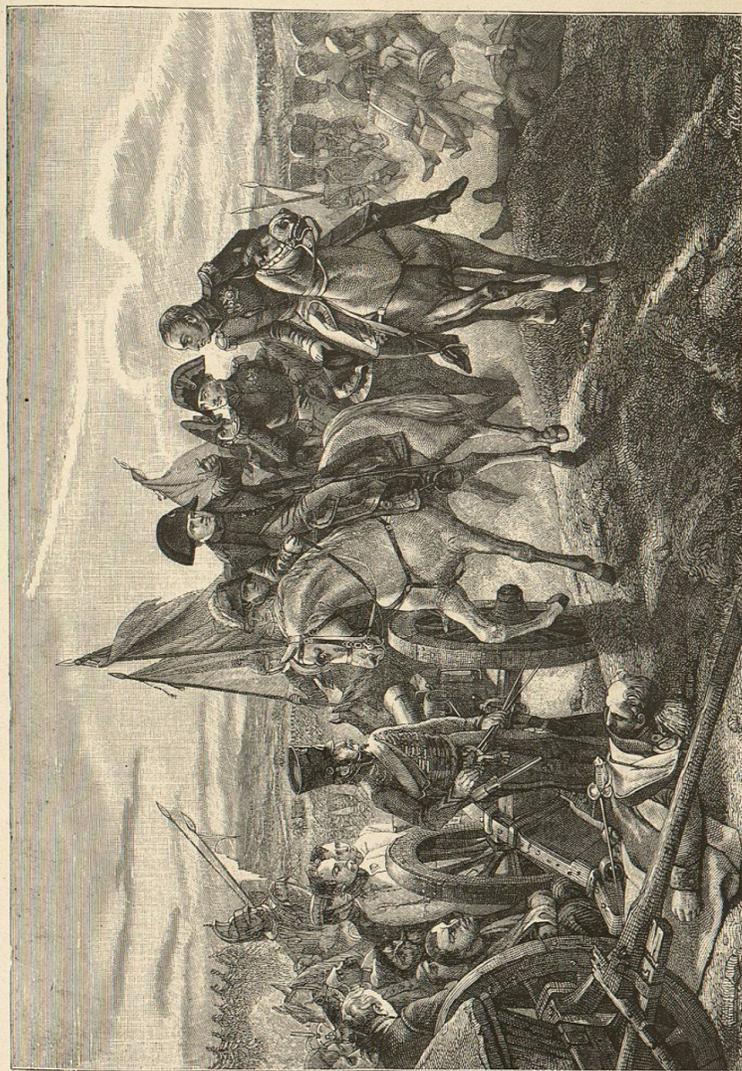
sideró vencedor en la jornada del 8 de febrero, pues que no hizo tentativa alguna para reanudar la acción ni para perseguir al enemigo, que voluntariamente se retiraba. Por el contrario, dos días después de la batalla dió un paso diplomático que, aunque innoble y astutamente concebido, demostraba que desde el 8 de febrero miraba con distintos ojos á Prusia, á la que había ya arrojado al montón de los muertos. Estando en su cuartel general de Eylau, envió, en 13 de febrero, al general Bertrand, el mas astuto de sus ayudantes, á ver al rey de Prusia provisto de una carta en que decía al referido monarca que esperaba de que consideraba aquel momento como el mas feliz de su vida porque prometía establecer una amistad duradera entre ambos; además le encargó de palabra, no por escrito, que manifestara que el rey no tenía mas que enviar á un hombre de su confianza provisto de plenos poderes para que se firmara una paz que había de devolverle todos sus Estados hasta el Elba, y que el emperador se consagraria con orgullo á la tarea de reorganizar de una manera ó de otra á la nación prusiana, tan necesaria para Europa, al paso que nada le importaba ya Polonia, desde que había podido conocerla (3). Además se le entregaba, con encargo especial de no dejarlo por escrito, el texto de un discurso que Bertrand había de dirigir al rey y que estaba concebido en los siguientes términos: «Señor, el emperador Napoleón me envía á V. M. para brindarle con la reinstalación en sus Estados: quiere adquirir la gloria de haber puesto término á los males que pesan sobre ocho millones de hombres; quiere que los hijos de V. M. y su pueblo reconozcan que al dar este paso solo le ha guiado el deseo de verdadera gloria, el recuerdo de la amistad que V. M. le ha mostrado en otras ocasiones; y finalmente, pone gran empeño en que el hecho de sentarse V. M. de nuevo en su trono sea el fruto de su política y de su amistad. Además, tiene la esperanza de que estos sentimientos son los mas propios para borrar en el ánimo de la familia de V. M. y de su pueblo el recuerdo de lo pasado y para crear entre las dos naciones una amistad eterna, tal como la exigen la situación de ambas y las relaciones territoriales que entre ellas existen.» Esta es una prueba de la páfida hipocresía de que era capaz Napoleón, el cual, al emplearla, agravaba mas á su víctima con ella que con el empleo de las mas crueles violencias.

En 16 de febrero fué recibido el general Bertrand, en Memel, por el general Zastrow, que entonces estaba al frente del ministerio del Exterior, luego por el rey y últimamente por la reina. Al mediodía llegó á Memel un oficial ruso, el conde Narischkin, como correo, para dirigirse en seguida á San Petersburgo. Después que hubo entregado las cartas del general Bennigsen al rey, díjole éste al despedirse: «Decid al emperador que me he avistado con el general francés y que en todo sigo siendo el mismo (4).» En efecto, el rey, y así lo puso inmediatamente en conocimiento del emperador Alejandro por medio de un enviado especial, el capitán Schoeller, contestó sin vacilar á Napoleón que también él deseaba indudablemente el término de una guerra tan infame, que tan duramente pesaba sobre sus Estados y sobre

tería ha mostrado gran valor delante de nuestra caballería. Colocada en pequeños cuadros, solo hacia fuego la primera fila, que se arrojaba inmediatamente al suelo y cruzaba las bayonetas; en el acto hacia fuego la segunda, cuyos proyectiles ya acompañaban á nuestra caballería en su retirada; la tercera daba el golpe de gracia. Con una infantería tan bien organizada podrían prescindir de la caballería y tenerla reservada para los grandes golpes decisivos.»

(3) *Corresp.*, XIV, págs. 301-302.

(4) Memoria de Hugo, fechada en Memel en 18 de febrero de 1807.



Ney Napoleon Nansouty Oudinot
Napoleon en la batalla de Friedland

sus desdichados súbditos, pero que, unido á Rusia por lazos indestructibles, debía antes consultar con su aliado y reservarse, por tanto, el tomar aquella resolución sobre la cual habían de ponerse de acuerdo ambos soberanos (1). Un tratado especial que no llevara consigo una paz verdadera, sino únicamente el rompimiento con Rusia, no era mas que uno de aquellos lazos tendidos por Napoleón, que ya no halagaban ni sorprendían á sus enemigos. Este suceso no tuvo otras consecuencias mas que el hecho de que el barón de Hardenberg, á quien el rey había consultado en 19 de febrero sobre el particular, aprovechó aquella ocasión para fortalecer al monarca en la actitud recientemente adoptada y para darle consejos que merecían ser seriamente meditados (2).

En 2 de abril llegó á Memel el emperador Alejandro, celebrando una detenida conferencia con Hardenberg (3). En la revista militar que pasaron los dos monarcas el día 4 de abril en Kydullen tomó también parte Hardenberg, y de las conferencias políticas que desde entonces se celebraron resultó, en 26 de abril, en Bartenstein, una alianza ofensiva y defensiva entre Prusia y Rusia, cuyo autor, Hardenberg, fué en aquel mismo día llamado á la dirección de los negocios extranjeros. El documento en que se consignó (4) esta alianza, y del cual no se cumplió una sola línea, merece llamar la atención, porque demuestra de qué manera Federico Guillermo y Hardenberg se pintaban el porvenir de Prusia y de Alemania, poco antes de la catástrofe. En él se proyectaba una gran alianza militar de las dos potencias con Inglaterra, Austria, Suecia y Dinamarca, cuyo objeto sería la liberación de Alemania y de Italia, y el restablecimiento de Austria y de Prusia, de Cerdeña y de Nápoles. Prusia «debía recuperar lo que desde 1805 había perdido, ó bien ser por ello indemnizada (art. 4.º);» Alemania, libre de la Confederación del Rin, no solo debía volver á su antigua Constitución del Imperio sino que había de ser reorganizada en forma de «eterna confederación,» con la cooperación de Austria y de Prusia, entre las cuales debía desaparecer todo motivo de rivalidad y establecerse, en cambio, lazos indestructibles de unión (artículo 5.º). Mas importante que todos estos sueños, tan bien combinados para el porvenir, era la obligación contraída en virtud del artículo 15 de «deponer juntos las armas y hacer causa común hasta la terminación de la guerra;» y precisamente este artículo, el único que tenía fuerza inmediata, no fué cumplido por el emperador.

El tratado de 26 de abril no fué mas que manantial de sueños, á los cuales sucedió un doloroso despertar. La manera rusa de hacer la guerra en nada varió: Bennigsen no se movió hasta que en 26 de mayo cayó Dantzig en poder del enemigo, siendo el resultado final de todo que en el mismo día (14 de junio) los rusos fueron derrotados en Friedland por fuerzas muy superiores y los prusianos se vieron rechazados hasta Königsberg.

De las potencias con las cuales había contado Hardenberg, ni una sola se movió. En Viena, el conde Finkenstein, el coronel Knesebeck y Federico Gentz emplearon toda su elocuencia para mover al conde Stadion á que hiciera entrar al emperador Francisco en la alianza (5): el Austria, á pesar de esto, nada hizo, y en cuanto á Inglaterra hizo bien poca cosa y aun la hizo demasiado tarde. Prusia había hecho desaparecer el principal obstáculo que se oponía á una inteligencia con esta potencia cuando, en 28 de enero, cediendo á las reiteradas instancias de lord Hutchinson y del welfo

Hugo, renunció definitivamente al Hannover (6). Sin embargo, con ello no consiguió sino que en 27 de junio se firmara en Londres un tratado, en virtud del cual Inglaterra prometía pagar un millón de libras esterlinas en concepto de subsidios. Cuando se supo esto en Memel, ya todo había terminado.

El emperador Alejandro había pedido también dinero, es decir, un préstamo de seis millones de libras, de cuya cantidad había que pagar en seguida un millón para atender á los aprestos militares, y «si el dinero inglés,» del cual tanto habla Napoleón en su boletín, hubiera estado en manos de sus enemigos del continente con tanta facilidad como se creía, hubiera debido entonces correr á raudales para mantener, durante esta guerra, á los rusos al lado de los prusianos. Pero no sucedió así: los ingleses tenían una habilidad especial para negar siempre su dinero cuando esta negativa podía ser mas útil á Francia. En 1794 suspendieron el pago de los subsidios á la corte prusiana en el momento en que esta suspensión debía ser decisiva para hacer que el rey abandonara la guerra. Lo propio hicieron en 1807, negando al emperador Alejandro el empréstito, sin el cual no podía seguir luchando; y aun hubo mas, porque estos fieles aliados le recordaron la falta que respecto del derecho marítimo de sus propios Estados había cometido por su excesiva condescendencia para con ellos. Los ingleses habían apresado en las costas francesas algunos buques rusos y sostenían que éstos eran, de derecho, botín suyo y como tal podían conservarlos en su poder (7). El acendrado odio que esto hizo concebir contra Inglaterra al emperador Alejandro, era lo único que faltaba para hacerle sensible á los halagos con que Napoleón había resuelto atraérselo.

Bennigsen, en Friedland, había sufrido algo mas que una derrota, y al abandonar el campo no hizo una retirada como las de Eylau y Pultusk sino que se dió á la fuga y á la dispersión, despues que habían sucumbido seis de los mejores generales y que habían cesado, por tanto, toda dirección y toda cohesión en las tropas (8). En tono de súplica pidió Bennigsen á Napoleón un armisticio, muy duro sí, pero que á lo menos permitía respirar. Inmediatamente, escribió el emperador Alejandro, en 16 de junio, á Federico Guillermo: «Señor: Con el corazón desgarrado cumpla mi deber comunicando á V. M. la triste noticia que me acaba de participar el general Bennigsen. Me es altamente sensible y doloroso no poder esperar ya ser útil á V. M. como lo hubiera deseado mi corazón y como parecían prometerlo las fuerzas que para ello había reunido (9).»

El día 16 entró Napoleón en Königsberg y el 19 se encontraba ya en Tilsit, donde todo tocó á su término.

El emperador Alejandro se encontraba en Tauroggen, para cuyo punto había invitado al rey en carta fechada el 16. «Sería indispensable, — decía, — que nos reuniéramos y adoptáramos una resolución común.» Pero el día 18 llegó á Memel el conde Nesselrode, portador de otra invitación en que se decía que el punto de reunión no sería ya Tauroggen, sino Sczawl, antiguo palacio de caza de los reyes de Polonia, situado á diez y siete millas mas atrás de aquella villa (10). No había ningun prusiano presente cuando el príncipe Labanof firmó en 21 de junio, en Tilsit, con el mariscal Berthier un armisticio, que solo debía regir para los rusos, no para los prusianos, á quienes se señalaba un plazo de solos cuatro ó

(1) Hardenberg: *Memorias*, tomo V, pág. 430.

(2) *Memorias*, tomo V, págs. 432-447.

(3) *Memorias*, tomo III, pág. 340.

(4) Inserto en Martens, tomo VI, pág. 409.

(5) *Austria y Prusia*, tomo I, pág. 111.

(6) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 481.

(7) Ranke: *Memorias de Hardenberg*, tomo IV, págs. 87-88.

(8) Véase la memoria de Bennigsen y de Zisner, escrita desde Al-

tenburg el 15 de junio. Hardenberg: *Memorias*, tomo V, págs. 515-517.

(9) *Memorias*, tomo III, pág. 450.

(10) *Memorias*, tomo III, pág. 452.